

I

Maddalena, que por lo general tenía el aspecto abatido de quien trabaja demasiado y se ve obligado a pelear continuamente con las exigencias de la vida, parecía sin embargo animada aquel día; se adivinaba a primera vista que la buena mujer se sentía feliz.

De hecho, Ginevra, su única y adorada hija, había sido admitida como alumna en la escuela normal, donde al cabo de tres años saldría convertida en maestra.

Maddalena no pensaba en absoluto en ese lapso, en los contratiempos que podían urgir, impedir o retrasar la diplomatura; no le preocupaban los sacrificios que ella y su marido tendrían que hacer para afrontar los gastos de libros, ropa y matrículas.

Por el contrario, creía ser la envidia y la admiración de todas las madres del vecindario, como si Ginevra ejerciera ya su profesión y ganara lo necesario para mantenerse a sí misma y a la familia, sin verse obligados a estrujar hasta el último céntimo.

¡La pobre Maddalena podría por fin descansar entonces! Lo necesitaba, pues en dieciocho años de matrimonio no había conocido ni un solo momento de paz, siempre con la plancha en la mano, de la mañana a la noche, para ganar una miseria con ese oficio agotador.

En un principio, decidieron que Ginevra trabajaría como costurera en cuanto acabara los cuatro cursos

elementales; pero la directora de la escuela le dijo un día a Maddalena que la niña tenía mucho talento, y que deberían de hacer de ella una maestra. Esta propuesta le pareció tan fantástica, tan imposible de realizar, que en el acto negó con la cabeza, diciendo que no valía la pena ni siquiera planteárselo. Sin embargo, ese mismo día lo pensó, y también durante los días siguientes. Poco a poco, lo que en un primer momento le había parecido irrealizable le resultó factible e incluso sencillo, hasta el punto de que se lo comentó a su marido, alegando una cantidad de buenas razones para animarlo a aceptar.

Giuseppe, que era cartero y casi nunca estaba en casa, empezó por refunfuñar; pero al final se dejó seducir también por la idea de que Ginevra se convertiría en maestra, y dio su consentimiento.

En cuanto a la joven, aceptó con entusiasmo lo que le proponían sus padres. Se puso a estudiar a conciencia para preparar bien los exámenes de admisión y finalmente, tras mucha ansiedad, muchas dudas y muchos miedos, Ginevra fue inscrita como alumna en el primer curso de la escuela normal.

A las cuatro de la tarde, Maddalena, que tenía la oreja pegada a la puerta, oyó el paso ligero de su hija subiendo las escaleras, y corrió a abrirla toda sonriente y emocionada.

La joven parecía anémica y sus andares, ligeramente cansados, como los de casi todas las chicas que tienen la desgracia de crecer en los angostos barrios de una gran ciudad, en esas tristes y húmedas barriadas donde el sol llega tan poco, donde el excesivo número de personas que lo respiran enrarece el aire. A primera vista, la muchacha tenía un aspecto insignifi-

cante, tanto que incluso las comadres del vecindario la llamaban fea, criticando su palidez y su bajo peso; pero un observador atento habría descubierto en ella muchas cualidades que a primera vista pasaban desapercibidas. El cabello, que tendía a castaño, era suave y abundante; las cejas, finas y muy arqueadas, daban a su fisonomía una expresión de ingenuidad infantil muy seductora; la mirada combinaba dulzura y bondad, y además, al sonreír, mostrando unos dientes blancos y bien colocados, el rostro se le iluminaba por completo y resultaba realmente bonita.

Maddalena, tomando la carpeta de las manos de su hija, la atormentó con mil preguntas:

—Y bien, ¿qué te han enseñado hoy?, ¿qué te han dicho los profesores?, ¿tus compañeras son tan estudiosas como tú?...

Ante la impaciencia y las ingenuas preguntas de su madre, Ginevra se echó a reír y respondió:

—¡Qué quieres que haya aprendido en tan pocas horas, y qué me van a haber dicho los maestros! ¡Somos tantas que menudo trabajazo tendrían, si tuvieran que hablar con cada una de nosotras! En cuanto a mis compañeras, lo que puedo decirte es que iban todas mejor vestidas que yo; ¡hasta he oído que una de tercer curso me llamaba harapienta cuando me marchaba!

Maddalena se sintió humillada por semejante impertinencia y, desde entonces, obligó a su hija a llevar a diario un vestido de lanilla gris que hasta ese momento había sido celosamente reservado para las grandes ocasiones.

Los tres años pasaron tranquila y monótonamente, sin

que ningún acontecimiento extraordinario viniera a turbar la existencia de la familia Gabrielli.

Maddalena veía acercarse con alegría el día feliz en que su hija sería maestra y traería la opulencia a casa de sus padres; Ginevra, sin alimentar las hiperbólicas esperanzas de su madre, lo poetizaba todo con su joven fantasía, y le parecía que viviría alegremente en una escuela limpiísima, en medio de una prole de niños rosados y sonrientes.

Faltaban por aquel entonces pocos meses para el examen definitivo cuando un sobrino de Maddalena, que trabajaba como ebanista en una pequeña ciudad de provincias, decidió instalarse en Roma para buscar trabajo allí y reunir un poco de dinero. El joven viviría en una pequeña habitación en casa de su tía y entraría a formar parte de la familia, pagando una pequeña cantidad mensual.

Carlo era un chico bueno y honrado que no se emborrachaba casi nunca, que blasfemaba solo cuando estaba muy enfadado y que realizaba su oficio con una cierta pasión.

Despreocupado y alegre, como se suele ser a los veinticinco años, se hizo en seguida apreciar por los tíos y la prima, quien se divertía por las noches corrigiéndole algún que otro problema o recitándole poemas para convertirlo en «un hombre instruido», como ella decía, o para hacerlo «cada vez más burro», como contestaba él. Pero lo decía en broma, pues lo cierto es que aquellas clases nocturnas eran toda su distracción, en parte por el deseo de aprender y acercarse un poco al nivel de la prima, en parte por el placer de oírse alabar o reñir por la bonita maestra.

Ginevra se lo tomaba muy en serio y trataba a Carlo como si fuera realmente un niño, sentándolo a su lado para corregir el dictado, inclinándose sobre él para seguir con la mirada los garabatos que hacía en el cuaderno, colocándole los brazos sobre la mesa y amenazándolo con fingida severidad cuando se sentaba de un modo incorrecto o cuando se le escapaba algún despropósito más grueso que de costumbre. Ni siquiera advertía que la caligrafía de Carlo se volvía cada vez más ilegible cuando ella se ponía a su lado, y que el travieso escolar cogía la pluma como se coge un cincel para así obligar a la joven maestra a ajustársela correctamente entre los dedos.

Ginevra se había acostumbrado a tratar a su primo como a un bebé grande e inofensivo con el que podía jugar impunemente, y no suponía ni de lejos que el pobre muchacho pudiera sentir por ella algo más que aquella simpatía cordial y aquel afecto fraterno que ella alimentaba respecto a él. Por otro lado, Carlo no era su tipo. Conocía y apreciaba las excelentes cualidades de su primo, pero nada más.

El día en que Ginevra obtuvo por fin el diploma de maestra, Maddalena preparó una comida de celebración, y Giuseppe invitó a dos amigos con sus respectivas esposas. El evento, tanto tiempo esperado, se celebró cordialmente. Al verlos a todos contentos y radiantes alrededor de la mesa bien dispuesta, al oír los magníficos proyectos que estaban haciendo y las espléndidas mejoras que querían introducir en la casa, se hubiera creído que una fortuna inmensa e inesperada había caído en suerte a la pequeña familia.

Durante días y días, Maddalena estuvo repitien-

do del derecho y del revés: «¿Ya os ha dicho Ginevra que es maestra? ¡Ahora que mi hija se ha convertido en maestra! ¡Se lo preguntaré a Ginevra, que es maestra!», hasta tal punto que las vecinas, un poco molestas y algo envidiosas, no dejaban de burlarse de ella.

El menos entusiasmado de todos era Carlo, quien desde hacía algún tiempo no se mostraba ni alegre ni locuaz, pues al pobre le parecía que una barrera infranqueable se había levantado entre él y su prima desde que esta se convirtiera en maestra.

Carlo, viendo a Ginevra a diario, estando siempre cerca, oyéndola hablar todo el rato, poco a poco se había enamorado locamente; pero, pensando en la distancia que le separaba a él, un simple trabajador, de aquella joven tan culta y educada, ocultaba celosamente su pasión, por considerarla insensata.

Mientras tanto, Ginevra había presentado una instancia para acceder a un puesto lo antes posible, y ni siquiera sospechaba que su solicitud pudiera quedar sin atender. Pero el desengaño llegó pronto, pues noviembre se acercaba sin que hubiera obtenido aún respuesta alguna. Decidió entonces ir a ver al inspector, con quien, después de tres viajes en balde, pudo finalmente hablar.

El hombre, cansado de ese tipo de visitas, la recibió de pie y con prisa y, tras unas breves palabras, la despidió diciéndole:

—Haré lo posible por tenerla presente, señorita, pero las demandas son tantas que, si tuviera que atenderlas todas, habría que nombrar una maestra por cada niño.

Ginevra regresó a casa triste y desanimada. Le

repugnaba mendigar lo que creía que le correspondía por derecho propio; por otro lado, se consumía pensando que iba a desilusionar a sus padres, que tanto la habían ayudado y que habían depositado en ella sus mayores esperanzas.

Una señora para la que Maddalena planchaba desde hacía años la dirigió a un jefe de departamento del Ministerio de Educación Pública.

Ginevra acudió allí con su madre y, en cuanto entró en el Palazzo della Minerva, sintió que un escalofrío le recorría los huesos. Aquellos ujieres que las miraban insolentemente y que apenas se dignaban señalarles con la mano la dirección que debían seguir, ese afanarse de todos aquellos que habían venido a pedir algo, el rostro ansioso de los que subían y el aspecto casi siempre desanimado de los que bajaban, contribuían a hacer que Ginevra subiese aquellas interminables escaleras con una angustia indescriptible.

Al llegar a la pequeña antesala que precedía al despacho del jefe de departamento, encontraron a un ujier que, al ver las ropas modestas de las dos mujeres y su torpe actitud, las bombardeó a preguntas con gran pompa, como si él fuera realmente alguien.

—¿Con quién desean hablar?

—Con el señor comendador Galli.

—Lo siento, pero ahora está ocupado y no recibe a nadie.

Maddalena, que no estaba acostumbrada a tantas formalidades y que, al ser romana, no hacía gala de demasiada paciencia, insistió bruscamente:

—Tenemos esta nota para él.

—¿La nota es de un diputado?

—No, es de una señora.

—Bueno... Intentaré entregársela.

—Ni que se tratara de besarle los pies al santo padre —se quejó Maddalena.

Pero una mirada suplicante de la hija la hizo callar. Transcurridos unos pocos minutos, el ujier regresó y les dijo que le acompañaran.

Encontraron al comendador firmando algunas cartas. Este, sin hacer el menor gesto de turbación, siguió con su trabajo hasta que lo terminó. Después tocó el timbre, le entregó las cartas al ujier y finalmente se decidió a dirigirse a las dos mujeres, incómodas y aún más intimidadas por el recibimiento. Recorriendo con la mirada la nota en la que se hablaba de Ginevra, el comendador interrogó:

—Así que la señorita ha estudiado en la escuela de Roma...

La madre y la hija respondieron a coro:

—Sí, señor.

—Y ahora desea emplearse, ¿verdad?

—No es deseo, sino necesidad —murmuró Ginevra, sonrojándose.

—La cosa no está fácil, pues aquí, día tras día, hay una procesión de padres y madres que quieren emplear a sus hijas. ¡Dios mío, ahora todas quieren ser maestras! ¡Es una obsesión!

Con voz temblorosa, Maddalena tuvo la valentía de insistir:

—¡Nosotras que creíamos que todo acababa aquí, y resulta que este es solo el comienzo de nuestros problemas! Esperábamos que Ginevra pudiera ayudarnos, y ahora resulta que después de tantas fati-

gas y sacrificios mi hija no conseguirá nada.

Se desprendía tanto dolor de sus palabras que el comendador quedó conmovido.

—Realmente habría sido mejor que su hija hubiera aprendido algún oficio, así en este momento no necesitaría a nadie. Pero como el daño ya está hecho, es inútil darle vueltas. Yo soy muy amigo del inspector; le hablaré de la señorita, y casi puedo asegurarles que algo conseguiré.

Tras haberle dado calurosamente las gracias al comendador, las dos mujeres salieron del despacho. Maddalena, con el corazón aliviado por la certeza de que su hija sería realmente maestra; Ginevra, con el ánimo alterado por la convicción de que iba por mal camino, y de que el futuro le tenía reservados quién sabe cuántos sufrimientos y desengaños.

La hija se dirigió directamente hacia casa, mientras que Maddalena fue a visitar a varios clientes para recoger ropa blanca para planchar.

Al llegar, Ginevra se encontró a su primo, con quien hacía días que apenas cruzaba algunas palabras. Carlo, al ver el rostro turbado de la joven, supuso que la nueva intentona también había resultado infructuosa y, sin explicarse el motivo, experimentó una gran satisfacción:

—Y bien, ¿cómo ha ido? ¿Qué te ha dicho ese comendador? Seguro que es como los demás... Palabras, palabras y nada más.

Ginevra necesitaba volcar sobre alguien la ira que la roía por dentro; también ella quería tener el placer de torturar y humillar, de modo que respondió, con brutalidad:

—¿Qué te importan a ti mis asuntos? ¿Qué sabes tú de todo esto? Ese señor es generoso, bueno, amable, y dentro de poco seré maestra. Si te molesta, peor para ti.

Y diciendo esto, lanzó el sombrero sobre la mesa y añadió con altivez:

—Tengo sed. ¡Tráeme un vaso de agua!

Carlo dudó un instante, pero fue a la cocina, enjuagó él mismo un vaso, lo puso sobre un plato y se lo llevó a la joven, quien se lo bebió de un trago. Durante unos segundos se quedaron uno frente al otro. Él, con el plato en la mano; ella, con el ceño fruncido, rígida y desdeñosa.

—Al menos podrías darme las gracias —dijo entonces Carlo.

Por mucho que lo turbaran los modales agresivos de su prima y encontrarse a solas con ella, cosa que no había sucedido nunca antes, el joven intentaba bromear.

Ginevra, encogiéndose de hombros y mostrando su intención de marcharse, respondió:

—Y tú, al menos, podrías quitarte el sombrero.

Pero Carlo le cerró el paso y le dijo, con voz suplicante:

—¿Por qué me tratas así? ¿Qué te he hecho yo?

La joven estrujó el pañuelo que tenía en la mano, tragó varias veces para contener el llanto que se le agolpaba en la garganta, se derrumbó sobre una silla y, finalmente, estalló en sollozos, ocultando el rostro entre las manos.

Carlo, nervioso y sin saber de qué forma calmarla, preguntaba:

—¿Pero, por qué?